

## Sinfonía Bolivariana

Por Gilberto Alzate Avendaño

*(Pocas personalidades tan absorbentes como esta de G.A.A. Con su estampa de aguerrido conductor y su estilo labrado con amor y vigor, llenó el último cuarto de siglo de nuestra historia política. Pudo haber sido uno de los más brillantes escritores de esta época, pero el afán político, la misión conductora, el empeño de siempre por servir al país, frustraron esta maravillosa calidad suya que apenas esporádicamente aparece en él. Sin embargo quedan páginas suyas de admirable entereza y de galano decir, que pueden engalanar la más exigente antología de nuestra literatura. A finales de 1960 la muerte lo sorprendió en plena edad de servicio, cuando la patria tenía en él fincadas muchas esperanzas. Como homenaje a su memoria, recogemos esta página admirable, síntesis de su impertérrita devoción al Libertador).*

En un día como este, en una quieta villa colonial nació el Libertador. No podía hallarse, para nombrar el suceso, un vocablo más expresivo que alumbramiento. Simón Bolívar inaugura una alborada histórica, un ciclo diurno en el amorfo continente, que sale de la nebulosa de su destino y se ordena en patrias, bajo la radiante voluntad del héroe. Decía Carlyle que los grandes hombres resplandecen sobre los pueblos como un dón celeste. No hay signos estelares que anuncien su epifanía, en el semáforo de las constelaciones, pero las almas maduran y crecen por su influjo solar.

**El molino de los Bolívares** En una antigua cepa genealógica, trasplantada al suelo de América y cruzada de inertos criollos, se produjo el vástago epónimo. Como sus parientes mayores del país vasco, que parecen amasados con levadura de árboles, tenía cenceño el cuerpo y el ánimo tenaz. Su apellido era símbolo y presagio. En el viejo idioma originario significaba ribera de molino. Esa fue primitivamente la empresa heráldica en el blasón de

su estirpe. La vida de Bolívar pudiera presentarse bajo esa alegoría. Un molino de viento, que Eugenio D'Ors compara con un avión cauteloso, con las aspas en ímpetu de ascensión, pero ligado a los deberes de la tierra. Allí está cifrado el héroe, a la vez humano y divino, tal como lo enseñaron las pretéritas mitologías. Pero allí está mejor el hombre, en la concepción católica de barro y espíritu, como una morada de arcilla que habita y mueve el soplo de Dios.

El Libertador tiene en su escudo por armas parlantes un motivo simbólico, con alas y raíces, donde se alegorizan la infinitud de sus sueños y su lastre de humanidad, la vocación del vuelo y la voluntad de servicio, el viento profético y la fatiga creadora. Él transformó en pan candeal las ásperas mieses de América, aventadas al azar. En su colmada troje van a nutrirse las generaciones sucesivas cada vez que el continente se empobrece de substancias históricas.

**Las mocedades del hombre.** Para comprender el ideario bolivariano es preciso evocar las briosas mocedades del héroe. No en la casona solariega de Caracas, con alero saledizo y ancho portalón claveteado, donde hace su aprendizaje de letras y saraos, mientras afuera ciertas ideas explosivas comienzan a conmover la siesta de la colonia. Tampoco en sus trashumancias por ultramar, que coinciden con el apogeo de Bonaparte, perteneciente al mismo linaje heráclida, albacea de la revolución y fundador de imperios, cuyo frustrado designio consiste en sacar del caos un orden nuevo, sobre los vetustos sistemas desplomados. Es posiblemente en las minas de Araos o en la encomienda feudal del Valle de Aragua, con un paisaje de llaneros al fondo, donde recibe el llamado de la tierra americana, siente el tumulto de su despertar y se fortifica con emanaciones telúricas.

No son las teorías en auge ni el agobio de las alcabalas, ni la cicatería fiscal de la metrópoli, ni la revancha contra los chapetones, ni la oscura piedad de la sangre, ni la pasión atávica por la aventura, lo que mueve su ánimo cuando rompe el vínculo secular con España y derrumba los caducos virreinos. El contacto con el suelo mismo, cálido de fermentos vitales, comunica a Bolívar el obstinado presentimiento de que va a nacer un mundo nuevo y que debe ser su parte, desatando las energías represadas hacia formas que intuyen pero que aún no puede definir en palabras. La guerra emancipadora es apenas comienzo de esa creación.

**El fraude histórico.** El Libertador, en la potente originalidad de su genio y en su relieve desmesurado, viene sufriendo escamoteos y fraudes históricos. En las plazas públicas se erigen unas estatuas sin autenticidad, en la moneda circula con un griego perfil de medalla y los textos de enseñanza escolar reproducen los retratos de la época, en que su figura se cubre con el dormán constelado de los húsares napoleónicos. Pero no es tanto su efigie la que se adultera y deforma, sino el sentido de su vida sin paralelos.

Sarmiento protestaba porque los biógrafos del Libertador suelen presentar un condottiero a la vieja usanza, un general de fortuna o un mariscal de campo, pero no al caudillo de la revolución ameri-

cana, cuyo drama sólo puede tener por escenario el panorama natal, donde campea su silueta a caballo, cargando con sus llaneros de piel torrada, andrajosos y magníficos, que evocan la fabulosa estirpe equina de los centauros.

“Bolívar —dice el escritor argentino— es todavía un cuento forjado sobre datos ciertos. Al héroe verdadero no lo conoce aún el mundo. Es muy probable que cuando lo traduzcan al idioma propio, con decorados y trajes americanos, aparezca más sorprendente y genial”.

**El llano en la biografía bolivariana.** No por su peculiar estrategia en los combates, ya que la vocación militar es apenas una de las laderas de su espíritu, sino por la influencia del marco físico en el hombre, hay que incorporar el llano como telón de fondo en la biografía bolivariana. Allí adquirió el hábito de la autoridad como gobernador de greyes. Los sociólogos han establecido las agrupaciones humanas de la llanura, compuestas por nómades y pastores, sustituyen el arraigo cohesivo en el territorio por un vínculo dinámico, que es la noción de la disciplina y la jerarquía. El jefe del clan, que sobrepaja a los demás en virtudes y fortaleza, lo maneja patriarcalmente con enteriza voluntad de mando. Por eso se ha dicho que el caudillaje americano surgió de las patas de los caballos.

En su ensayo sobre Bolívar, escrito en una prosa de alto clima, José Enrique Rodó coloca al héroe entre las montoneras cerriles, donde el único poder congregatriz era el nativo imperio de su persona, el prestigio de su bizarría y ese dón taumatúrgico de transfigurar a los hombres.

Considera Rodó que en la revolución americana hubo una dualidad de carácter y formas. La iniciativa de las ciudades y el levantamiento de los campos. El pensamiento urbano con sus lujos dialécticos y el torrente vital de los instintos en las masas rurales. En Simón Bolívar hay un ciudadano por origen y formación mental, pero el subsuelo telúrico de su ser lo empuja al agro. Como participa interiormente de la índole de ambas, logra conciliar y reunir las dos vertientes complementarias de la revolución —ciudad y campo, conciencia y fuerza, claros raciocinios y pasiones feraces— bajo su comando. Por eso fue el Libertador.

**El augur.** La intimidad de Bolívar con el llano hace que la idea revolucionaria encuentre su lanza y ensanche las dimensiones anímicas del héroe. La tierra pampera sin orillas ni confines “que tiene por lindero el horizonte”, lo predispuso a abarcar lejanías en el espacio y en el tiempo. Bolívar era capitán y legislador tanto como visionario. Al cabo de un siglo se destaca su dón oracular, su actitud premonitoria, su sentido auroral del futuro. Lo que sus contemporáneos rechazaron como yerros y antojos de una imaginación vehemente han resultado anticipaciones proféticas. El Libertador aparece como un iluminado cuyos vaticinios están fluyendo. Como escribiera él mismo en su delirio sobre el Chimborazo, miraba sin asombro al tiempo, para escrutar en su rostro la historia del pasado y los pensamientos del destino.

**La versión protestante del evangelio bolivariano.** En Colombia los leguleyos de gorro frigio y las facciones políticas que frustraron su obra, continúan obstinadas en mutilar el pensamiento del Libertador y castrarle su fecundidad histórica. Apenas mencionan entre reticencias su estilo autoritario y su concepción del Estado nacional, como si se tratara de indiscreciones deplorables del genio que excusan por su decrepitud prematura y las lisonjas serviles, a modo de circunstancias atenuantes. Es una versión protestante del evangelio bolivariano para justificar las viejas y las nuevas apostasías.

El ideario político del Libertador ha sido partido en dos mitades contrapuestas, cuando en verdad es coherente dentro de la acción misma del héroe, pues al período revolucionario sigue la etapa constructiva, en que la revolución tiene que desmovilizarse para dar paso a la nueva legalidad que brota de ella.

No se puede catalogar en la directriz del pensamiento bolivariano la fraseología circunstancial de sus primeros tiempos como tribuno y guerrillero, ni algunas concesiones verbales a los mitos demagógicos vigentes, pero ya en la Carta de Jamaica y el Discurso de Angostura asoman los gérmenes de cuanto había de formar posteriormente el núcleo mental del legislador. Luego va creciendo y articulándose su concepción del Estado.

La inteligencia de Bolívar no era un yerto almacén de nociones, sino un ígneo laboratorio donde la vida le suministraba las materias primas. Bolívar pensaba "existencialmente", como lo quería cierto místico heterodoxo. Su obra es dinámica porque se nutre de datos vitales, abarcando en un solo haz el espíritu y los hechos, visiones y experiencias.

**La originalidad de Bolívar y el pensamiento importado.** Cuando el Libertador hubo concluido el ciclo de las hazañas guerreras, quiso edificar sobre la tierra liberada una nueva arquitectura política, pero ya para entonces los partidos conspiraban contra la unidad orgánica del pueblo y la demagogia importada se vertía a torrentes sobre las almas anegadizas.

Bolívar buscaba formas originales para plasmar estas patrias nacientes, mientras los vacuos teorizantes se entregaban al contrabando mental de preceptos forasteros, introduciendo a estos países el vocabulario político y los estatutos de pueblos desemejantes. Así se produjo esta tremenda estafa histórica, que ha sido el origen de la anarquía endémica y el desorden constitucional del continente.

El Libertador no concebía sino los gobiernos paternos, elásticos y fuertes para ayudar al desarrollo de estos pueblos en minoridad. Nada más opuesto a la mecánica pendular y el alterno usufructo de poder por las clientelas electorales, que el sentido bolivariano del Estado, donde la nación se manifiesta con voluntad total, indivisa y creadora. Las promociones colombianas, que se han desarticulado de la vieja política, necesitan buscar las tesis cardinales de su movimiento en el ideario bolivariano, normas autóctonas desde la misión imperial

de la patria hasta la lucha contra las facciones delicuescentes y el principio del ejecutivo responsable.

**La república posible.** Bolívar se anticipó a Alberti en la fórmula de la "república posible", adecuada a la edad y el carácter del pueblo, sin recurrir a la oronda sabiduría de los manuales y los arquetipos tiesos de la ciencia constitucional. Para el Libertador el continente criollo era una crisálida, en vía de metamorfosis. Era preciso darle una ley que previera, estimulara y regulara ese proceso vital.

Estas naciones inorgánicas, recién emancipadas de la tutela española, necesitaban un poder cohesivo y una libertad mitigada, para salvar lo que Mirabeau hubiera llamado "la subitaneidad del tránsito". La república no podía ser entonces una plenitud jurídica sino un movimiento hacia ella.

Allí surge su discrepancia con los geómetras del Estado, que construyen repúblicas aéreas, con olvido y menosprecio del acontecer histórico. Bolívar comprendía, según una frase concisa y exacta, que "no basta decretar para crear", pues el gobierno ha de adaptarse a la naturaleza del pueblo, interpretar sus constantes sociales. Cada nación tiene un genio propio cuya peculiaridad deben expresar las instituciones, so riesgo de convertirse en una inerte y pesada estructura que sofoque la vitalidad del país. Decía Bolívar que la excelencia de un gobierno no reside en su teoría, ni en su mecanismo, sino en ser compatible con el alma profunda de la colectividad. Con frecuencia aludía al "carácter nacional". Vallenilla Lanz se asombra de encontrar en los documentos bolivarianos expresiones semejantes, que apenas ahora recoge y consagra la sociología, pero que entonces eran relámpagos intuitivos. El Libertador entendía la nación en el conjunto de sus fuerzas, manifiestas o latentes, con una índole determinada por el territorio, la raza o la historia. Por eso la carta fundamental debe tener en cuenta la substancia de las creencias colectivas como las circunstancias físicas, igual los hábitos mentales que la economía del país, comprendiendo al hombre y su paisaje.

No se oculta al héroe la dificultad de encuadrar constitucionalmente estos pueblos en agraz, sin derecho consuetudinario ni conciencia histórica, sujetos a una infancia perpetua por el régimen colonial y repletos de gérmenes disgregativos. Todo está por crear.

**La raza cósmica y el destino del continente.** "Nosotros formamos -explica Bolívar- un pequeño género humano, un mundo aparte cercado por dilatados mares, nuevo en todas las artes y las ciencias, aunque en cierto modo viejo en los usos de la sociedad civil. Es nuestro caso el más extraordinario y complejo. No somos indios, no somos europeos, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles. Es imposible designar la familia humana a que pertenecemos. Nuestro pueblo es más bien un compuesto de Africa y América que una emanación de Europa, pues hasta la misma península española deja de ser europea, por su sangre morisca, por sus instituciones y por su carácter. Nuestros padres son

de origen extranjero y difieren visiblemente en epidermis. Esta semejanza trae un reato de la mayor trascendencia”.

Algunos escritores han explicado posteriormente que el criollo tiene el alma partida de la heterogeneidad étnica, pues a su juicio los caracteres somáticos y psicológicos de las razas madres se relajan en vez de fundirse, produciendo un tipo espiritualmente invertebrado.

Alfonso Reyes trata de explicar ese presunto conflicto anímico en un arranque de novela, donde su protagonista desarraigado se expresa de este modo: “Los indios puros viven pegados a la tierra y mueren si se les saca del paisaje natal, que es el clima de su alma. Pero nosotros somos colonos, americanos provisionales, europeos por ímpetu y devoción hereditaria. No estamos identificados con el suelo todavía, a pesar del nacimiento. Mi cráneo es de indio, pero el contenido de la substancia gris es europea. Soy la contradicción en los términos, el anfibio del mestizaje. Sin duda que todos los pueblos se han mezclado muchas veces pero cuando los componentes son díscolos y poco acostumbrados aún a la compañía, los resultados para el individuo son fatales. El mestizo anda en dos caballos y cada uno tira por su lado. Cuando sondeo las aguas del yo en mis noches de insomnio, observo que en mi conciencia, al amparo de la sombra nocturna como una renovada noche triste, otra vez se dan batalla los indios y los españoles, padeciendo los dos igual derrota”.

Pero Bolívar tiene fe en el destino. No cree en la repelencia de los grupos étnicos, sino en la fusión de las sangres en el estuario humano de América, para que haga su aparición biológica la raza integral, síntesis y trasunto de las viejas estirpes. “Habrá —predice el Libertador con la visión esparcida del porvenir— una metamorfosis en la vida de los habitantes de América, en que se produzca una nueva casta, con limo de todas las razas, creando la homogeneidad del pueblo”. Este fue el mensaje de anunciación que recibió Vasconcelos, pensador al estilo bolivariano, cuando expuso en versículos sibilinos el advenimiento de la futura raza cósmica, definitiva y cabal por el puente del mestizaje. El proceso étnico plasmaría sobre el suelo americano el hombre plenario, fundador de la civilización amazónica. “Nosotros somos de mañana” —dijo en su orgullo profético Vasconcelos, con la mente emproada hacia Bolívar.

El Libertador confiaba en el futuro del continente y no juzgaba ineptos para la civilización estos países del trópico. La desarticulación de un territorio enorme, la falta de una tradición congruente, la inclemencia del clima, la vecindad de la manigua con su húmedo color de ser vivo, no lo hicieron renegar de su tierra como les ocurre a tantos políticos y eruditos de postín, cuya parva inquietud mental se satisface y colma con la tesis de la predestinación geográfica. Estaba seguro de que una nueva sociedad se incubaba en su violento marco físico, entre los grandes ríos enconados, las llanuras cálidas, los rocallosos contrafuertes y la selva, alucinada y sagrada.

“El nuevo mundo es una crisálida...” Esta certidumbre del Libertador era su sostén entre el vasto caos, el potente estímulo para su tarea y la voz interior que sosegaba su quieta desesperación. Tenía que trabajar para un plazo remoto con ingentes materiales históricos.

El iba a fundar la tierra nueva, en amoroso trance nupcial. Genio de América. Padre de la Patria. Hasta estos títulos que le ha dado la devoción popular aluden al misterio genésico.

**Soledad y expiación del héroe.** Bolívar actuaba sobre ese porvenir presentido. Como el fuerte patriarca bíblico conducía a su pueblo hacia Canaán, la preñada, aunque no llegara a poner la planta sobre la tierra prometida, alcanzando apenas a divisar su relieve monumental sobre el confín del horizonte. "Ni nosotros —decía— ni la generación que nos suceda verá la república que estamos fundando...". Los héroes no luchan para sí mismos, sino para los que vienen detrás. No podrán contemplar y poseer la propia obra trabajada con "agonía", con voluntad misionera. Ese duro destino mesiánico es una expiación. Tal vez por eso, como repetía Fernando González aludiendo al Libertador, de que las tres reglas de la grandeza humana consisten en saber lo que se desea, deseárselo como busca el aire quien se ahoga y pagar el precio.